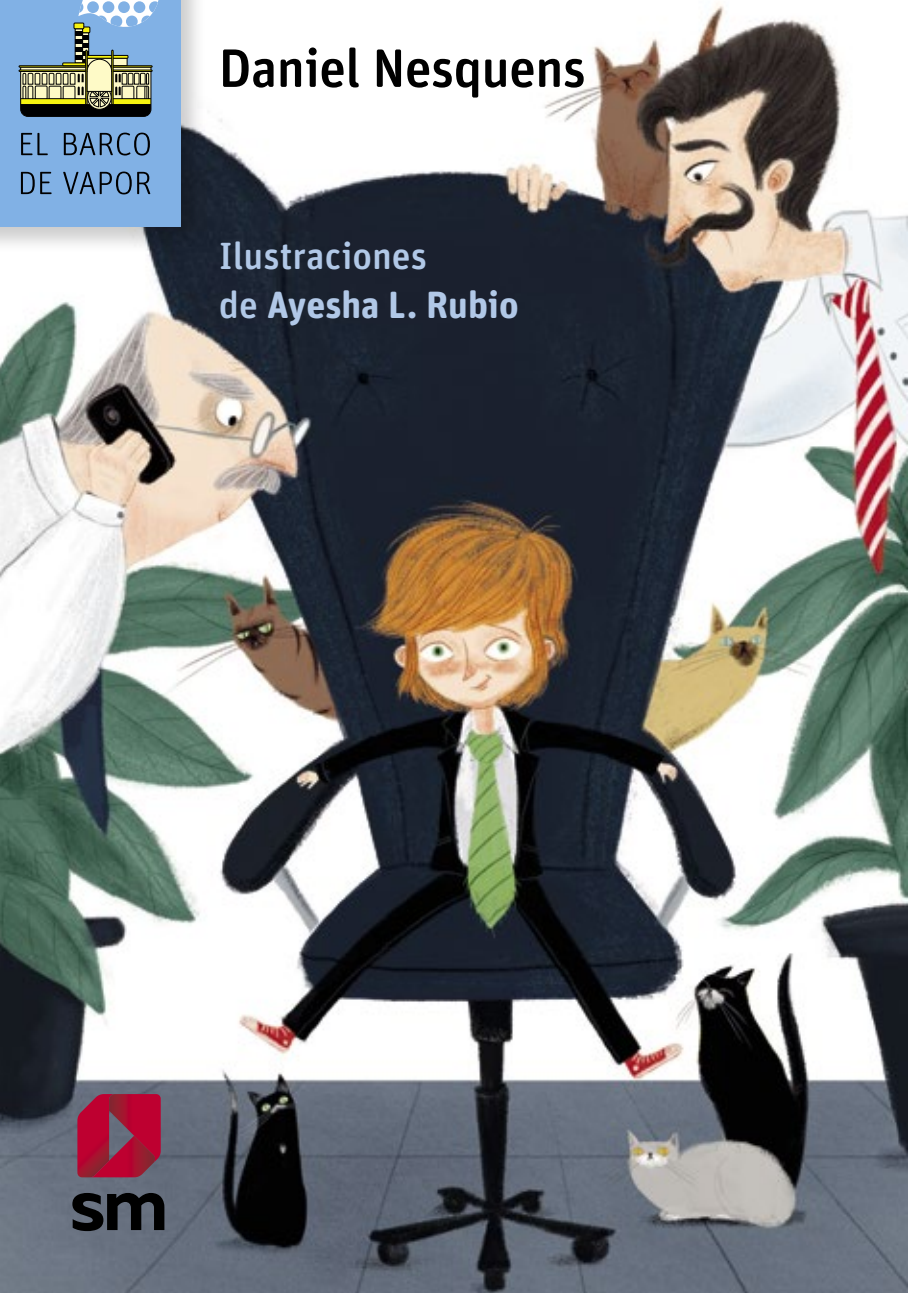


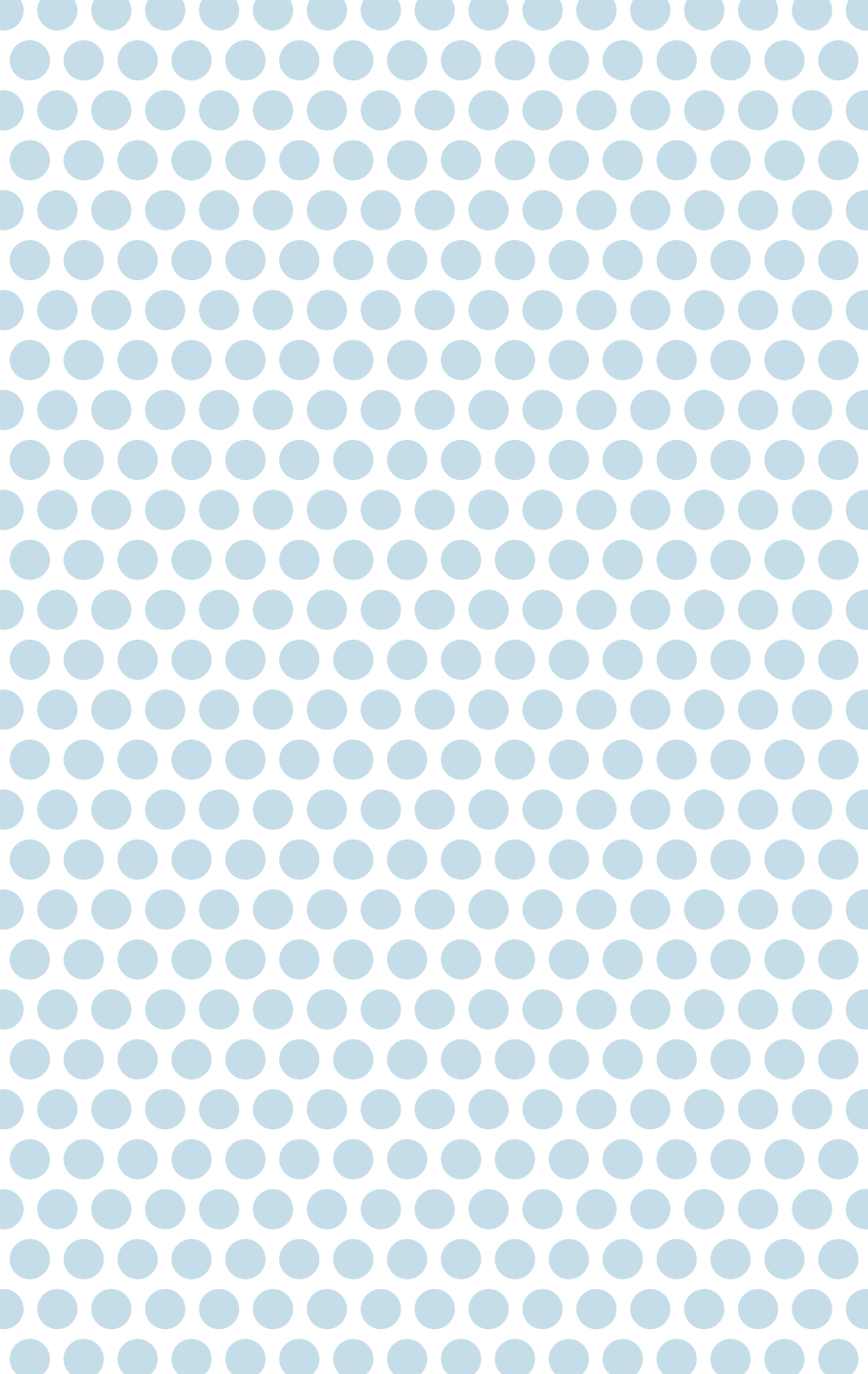
EL BARCO
DE VAPOR

Como si fuese papá

Daniel Nesquens

Ilustraciones
de Ayesha L. Rubio







EL BARCO
DE VAPOR

Como si fuese papá

Daniel Nesquens

Ilustraciones de Ayesha L. Rubio





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: junio de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Berta Márquez

Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Daniel Nesquens, 2018

© Ilustraciones de Ayesha L. Rubio

@Advocate Art SL, 2018

© Ediciones SM, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-793-0

Depósito legal: M-12468-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



● 1

AQUELLA LUMINOSA MAÑANA de primavera, Mateo se levantó de la cama como todos los días. Apartó la sábana, se sentó en el borde de la cama, cerró los ojos, contuvo el aire y saltó. No es que fuese un salto espectacular. Solo fue un pequeño brinco de apenas veinte centímetros. O sea, casi nada.

Se calzó las zapatillas y...

«¡Aaaaay!», escuchó.

Mateo se quedó quieto como una estaca.

Un lamento que le llegó con total nitidez, corto, quejumbroso, de persona enferma; más concretamente, de padre enfermo.

«¿Quieres que llame al médico?», escuchó decir a su madre.



Pero no hubo respuesta o, si la hubo, fue solo un movimiento de cabeza. Afirmativa o negativamente.

Mateo salió de su habitación y, sin entrar en el cuarto de baño, se dirigió al dormitorio de sus padres a ver qué pasaba.

–Buenos días –dijo. Ante todo, educación–. ¿Qué ocurre?

–Hola, cariño –le contestó su madre–. Papá no se encuentra bien. Le duele el estómago. Cenó demasiado y algo le sentó mal. Ha pasado muy mala noche, el pobre.



–¿Vas a llamar al médico?

–Na... da... de... mé... di... cos –dijo su padre de forma lenta.

–Qué cabezota eres, de verdad.

–Igual tiene que venir una ambulancia –dijo Mateo.

El padre negó con un esfuerzo casi sobrehumano, como si hubiese guardado las fuerzas para aquel momento.

–Entonces... ¿no vas a ir a trabajar? ¿Te vas a quedar en la cama? –preguntó Mateo.

El enfermo cerró los ojos y soltó otro «¡aaay!».

Este hacía el número cuarenta. El cuadragésimo. Si alguien los hubiera contado...

–¿Quieres que vaya a trabajar por ti? –se ofreció Mateo.

–Qué cosas dices... Anda, lávate bien esa cara, vístete y vamos a desayunar. El cole te espera –dijo su madre.

–Lo digo muy en serio. ¿Quieres que vaya?

–Pero qué cosas tienes, qué ocurrencias, este niño... –dijo su madre saliendo del dormitorio y dejando a su esposo en la cama, enfermo, con el estómago en mal estado.

–No te preocupes. Hoy trabajo por ti. Sé manejar el ordenador, más o menos... ¿De acuerdo, papi?

–¡Aaaay!

A Mateo, aquel lamento de su padre le pareció un sí rotundo. Y no solo eso: tuvo la certeza de que le guiñaba un ojo en señal de conformidad.

Una pequeña oleada de orgullo le recorrió el cuerpo.